

Los esenios

La asombrosa fermentación que tuvo lugar en tiempo de los Macabeos, la especie de radicalismo que aquella época empleó en todo, dieron lugar a las apariciones más extrañas.

Una vez consolidado el Estado asmóneo se manifiesta en el judaísmo un fenómeno de los más singulares. Con el nombre de esenios se desarrollan auténticos institutos monásticos, cuyo carácter no puede estudiarse muy de cerca. El mosaísmo no inducía a la idea del monasterio. Lo que debía salir de él era la sinagoga y luego la iglesia, asociaciones de hombres unidos por motivo religioso, pero que conservarían su libre individualidad en la sociedad general de su tiempo. Los ensayos completos

de vida cenobítica se hallan únicamente entre los esenios, e implican un ascetismo de cuerpo y alma, un misticismo al cual había sido ajena hasta entonces la raza semítica.

Se crearon en Israel verdaderos monasterios. El esenio es un monje que tiene su regla y sus superiores; todo, menos un papa. Es difícil figurarse el aspecto material de aquellas antiguas casas conventuales. Su organización espiritual hacía que el esenismo se pareciera al monaquismo cristiano. Los superiores (epimeletas) obtenían de sus subordinados una obediencia absoluta. Había un noviciado, un primer tiempo de prueba de un año y otros dos años de prueba, después. Al entrar definitivamente en la asociación, se juraba no revelar los secretos de la orden y no ocultar nada a los hermanos.

Solamente se les imponía la pena de la exclusión, dictada por un tribunal de cien miembros; pero la exclusión solía implicar la muerte, como ocurre en las comunidades religiosas de Oriente. El traje era el de todo el mundo, pero completamente blanco.

Los bienes eran comunes, y el que entraba en la orden daba su fortuna a la comunidad. Los cofrades no se vendían ni compraban nada unos a otros: todo eran cambios o donaciones gratuitas. Los intereses comunes se confiaban a ecónomos experimentados. Cuando un hermano caía enfermo, se le cuidaba a expensas de los demás. Las limosnas se dejaban en la caja común. En cada población se encargaba un hermano de dar hospitalidad a los otros.

Cuando salía el sol se rezaba, y luego los superiores enviaban al trabajo a los hermanos, que se reunían luego para las abluciones. Después tenía lugar la comida, nuevas horas de trabajo y la cena.

La agricultura era la principal ocupación de la secta. Se practicaban ciertos oficios y estaba prohibido absolutamente el comercio, por implicar amor al lucro y deseo de perjudicar al prójimo. No había esclavos en la orden. Nunca se prestaba ningún juramento.

La limpieza llegaba a unos extremos que nos parecen pueriles. A cada paso había abluciones. No se bañaban más que con un paño alrededor de los riñones, y las mujeres se cubrían con un velo. Hasta para escupir había reglas.

El matrimonio estaba totalmente prohibido, y al principio no había mujeres en la orden. Pero parece que hubo divergencias o atenuación del rigor primitivo. Una escuela permitió el matrimonio, con la condición de que no tuviera más objeto que la propagación del género humano. El matrimonio se llevaba a cabo después de someter a la mujer a una prueba de tres años, cuando se estaba seguro de que podía tener hijos.

Los esenios mantenían su lazo con el templo de Jerusalén, pero rechazando los sacrificios y creyendo tener ritos más santos, enviaban ofrendas que no consistían en víctimas. Por eso los excluían del templo los judíos, pero la santidad de su vida los libró de persecuciones.

Las comidas se realizaban por los sacerdotes según reglas estrictas de pureza, y los cofrades no podían tomar más alimentos que los que así les preparaban. Después del baño de pureza se reunían en una habitación donde no podía entrar ningún profano. El sacerdote rezaba an-

tes de la comida, y nadie comía anticipándose al rezo. Después de la comida rezaban de nuevo.

El esenio era el judío más creyente en la acción inmediata de Dios sobre todas las cosas. Era extremado en el culto de la Ley. En su oficio divino leían y comentaban la Biblia, como los demás judíos. Su afición a las explicaciones alegóricas era sólo una señal de respeto, porque no podían admitir que el texto sagrado contuviera cosas ordinarias. Observaban el sábado con tal exactitud, que en tal día se abstenían de las ocupaciones más necesarias.

Eran pietistas tan devotos como los primeros cristianos. Pero la piedad suave es buena inspiradora. El sectario piadoso se acerca más a las ideas amplias, e incluso al racionalismo, que el adicto a una iglesia oficial.

Se ignora si se elegía a los sacerdotes o se conservaba el sacerdocio aarónida. Interpretaban los sueños como Daniel y hacían predicciones. Cuando se quería saber el porvenir se llamaba a un esenio.

Las creencias de los esenios sobre la vida futura debieron de variar según las épocas, y seguramente no tenían aún en el siglo II antes de Jesucristo la claridad y decisión que les atribuye Josefo en el siglo I de la Era Cristiana. Los esenios debieron de profesar las doctrinas más puras de la filosofía griega sobre la inmortalidad del alma. Josefo, deseoso de helénizar a sus compatriotas, falsea siempre el dogma judío de la resurrección, ridículo para los griegos, y lo identifica erróneamente con el dogma griego de la inmortalidad del alma. Disimula también el mesianismo, tan estrechamente unido a la resurrección. Es de suponer que las ideas esenias sobre este punto seguirían la marcha de las ideas judías. La aparente carencia de ideas mesiánicas en los esenios puede explicarse por la antipatía de Filón y Josefo a esas ideas. Ambos se empeñaban en presentar a estos ascetas del modo más agradable a los ojos de los no judíos, suprimiendo cuanto para los griegos habría sido ininteligible o ridículo.